



urante los años cruciales de mi vida me puse al servicio de la técnica, deslumbrado por sus po-sibilidades. Al final ya no me queda más que escepticismo». Así acababa sus minuciosas 'Memorias' (Acantilado), re-dactadas después de veinte años de prisión en Spandau, tras el juicio de Nuremberg, el que fuera arquitecto de la megalomanía de Hitler y ministro de armamento y estructuras del Tercer Reich Albert Speer. Sus cerca de mil páginas, al margen de su fiabilidad, son un documento valiosísimo sobre la naturaleza del nazismo desde dentro. Y que, al cabo, el hombre que se entregara en cuerpo y alma al avance tecnológico sin otras consideraciones éticas concluya con estas palabras da que pensar. Lo mismo valdría en este orden de cosas, durante la misma época, para el pensamiento de Heidegger. Desde entonces, la primacía tecnológica en la vida moderna, unida desde siempre al poder económico omnímodo y avasallador, no ha ido sino a más, asfixiando la vida de las sociedades desarrolladas, tornándola crítica, y amenazando la supervivencia misma del planeta: cambio climático, fin de la historia, colapso financiero..., a qué seguir.

Ante esta perspectiva, cabe lamentarse, cabrearse, aislarse, afiliarse, manifestarse, enfrentarse...o bien, como señala Meredith Haaf en 'Dejad de lloriquear' (Alpha Decay), diagnóstico aproximadamente sociológico, olvidarse de los problemas superfluos, la indigestión informativa, la opinionitis y el parloteo irre-

UN ÁNGULO ME BASTA

FERMÍN HERRERO



levante, para, simplemente, madurar, tomarse en serio y responsabilizarse en vez de acantonarse en la adolescencia, lo que no es incompatible con el idealismo y el calor humano.

De entrada, M. Haaf se encomienda, en las citas, a Tony Judt, Susan Sontag o Gilles Deleuze. Nos la encontramos de becaria cesante, con un resacazo de aúpa, «echada en posición fetal en el sofá floreado lleno de agujeros que mis compañeros dé piso encontraron frente a la puerta de nuestra casa», aquejada del malestar típico de su generación en red, siempre conectada, y preguntándose qué ha salido mal en su vida. Precisamente su generación, la de los treintañeros de ahora, llamada la de los móviles inteligentes frente a la del Golf de los nacidos en los setenta, sabe bien que el desarrollo tecnológico conduce a un tsunami constante de banalidades. Instalada en un bienestar dorado, lo ha tenido todo, pero «sus perspectivas de futuro a corto y largo plazo son cualquier cosa menos brillantes» y por eso se muestra «indefensa, abrumada y atrapada en sus aspiraciones», entregada al poder del mercado. Además de resignada, antiutópica, individualista, insolidaria, apática, apolítica y pragmática.

matica.

'Vida de zarigüeyas', también en Alpha Decay, de Dolly Freed, cuyo subtítulo 'Cómo vivir bien sin empleo y (casi) sin dinero' no puede ser, de igual modo, más pertinente en estos tiempos de debacle económica, constituye un llamamiento a quienes desean regresar a los orígenes, optar por una vida aleja

da del mandato de consumo de los mercados, o cuando menos no contaminar tanto como los que colaboramos con el 'desarrollo'. Es una especie, salvando las distancias, de nuevo 'Walden' (Cátedra) de Thoreau para quienes buscan la simplicidad de la vida en el campo, que a veces he visto designados de manera horripilante como neorrurales, tal vez para acentuar el compo-nente contracultural que acarrea su abandono del tráfago urbano imperante. Aunque la autora, o quienquiera se es-conda bajo su seudónimo, advierte ya de antemano que ser intransigente con la economía monetarista y oponer-se frontalmente a ella no lleva en absoluto aparejada la condición de hippy, ecologista fanático, paleto, pionero o vegano, precisión que no puede ser más acertada, que sus-



No future

Alternativas, incluso marsupiales, al negro porvenir

«...Aquejada del malestar típico de su generación en red». :: FOTOLIA



VIDA DE ZARIGÜEYAS Dolly Freed. Alpha Decay, 219 pp, 21



EL NOMBRE DEL Loren Graham & Jean-Michel Cantor. Acantilado. 303 pp., 24 euros



DEJAD DE LLORIQUEAR Meredith Haaf. Editorial Alpha Decay, 271 pp., 21 euros.

cribo. De ahí que se identifique simplemente con el marsupial «regordete y pizpireto» del título, «el animal más

estúpido que existe». Publicado en 1978, parece escrito ayer: «Uno de los elementos básicos de nuestro bienestar consiste en ser capaces de escuchar las noticias sobre las finanzas sin figurarnos que el fin del mundo está al caer». ¿A que les suena? Sin utopías, sin idealismos falsarios, sin puritanismos ni ideologías, anima con gracia, sencillez y conocimiento de causa a «plantar, envasar, pescar. cazar y criar animales para obtener carne, forrajear, cocinar y recoger leña»; tareas desterradas de la dinámica laboral tardocapitalista. Una existencia frugal, sin derroches ni complicaciones, en suma. Su mentor filosófico es

nada menos que Diógenes, el

ateniense al que envidiaba Alejandro Magno, el del tonel en la plaza como vivienda de lujo, con sol y vistas gratis. Sin llegar a estos extre-mos, D. Freed ofrece sensatos y curiosos consejos para apuntalar su teoría de la austeridad en relación a la crianza de gallinas y conejos, la pesca de tortugas e incluso de especies consideradas basura, la caza de palomas y otros ani-males poco precavidos, el cuidado del huerto, la conservación de alimentos, la calefacción, la salud, etc. En esta vuelta pragmática a lo fundamental, es necesario prescindir de vacaciones, seguros, navidades e infinidad de gastos superfluos. También de cualquier atisbo de sociología barata o de espiritualidad de tres al cuarto. Su lema no puede ser más elemental: «es más fácil aprender a arreglárselas

El lema de Freed: «Es más fácil aprender a arreglárselas sin algunas de las cosas que se pueden comprar con dinero que ganar dinero para comprarlas»

sin algunas de las cosas que se pueden comprar con dinero que ganar dinero para comprarlas». Un epílogo escrito años después, quita hierro al asunto y suaviza esta apuesta alternativa muy digna de tenerse en cuenta en esta época de hipotecas y de ensañamiento en el consumo a ul-

Pero hay más salidas hacia el porvenir, y no es la más des-cartable, por antigua y pasada de moda, la de la búsqueda del conocimiento hasta sus raíces, hasta sus últimas consecuencias. Certeza que me lleva hasta 'El nombre del infinito' (Acantilado) escrito a dos manos por el catedrático de Historia de la Ciencia del MIT de Massachussets Loren Graham y el matemático parisino Jean-Michel Cantor. cuvo subtítulo se las trae, 'Un relato verídico de misticismo religioso v creatividad matemática'. El libro aborda, pues, un asunto tan curioso como poco frecuentado y lo hace desde un enfoque harto original en el que la intención divulgativa, básica para que el lector de a pie no se pierda o se aburra, nunca empece la perspectiva científica, y aun

El apasionado y documentado viaje de este estudio ha-cia la rara circunstancia de que una religión herética contribuyese a un salto cualitativo de la matemática moderna se inicia con el asalto al Monte Athos, en Grecia –cuya naturaleza ya comentamos aquí a raíz de otro magnífico libro de difícil catalogación de la misma editorial, 'Dos viajes al Monte Athos', que enfréntaba las visiones de este lugar sagrado de Eugène Melchior de Vogüé & Nikolái Strájov

por parte de la Marina Imperial rusa en junio de 1913 a fin de reprimir a los herejes ortodoxos conocidos como «los adoradores del nombre».

Uno de los seguidores de esta herejía fue Pável A. Florenski, que aparece en la portada junto a Serguéi Bulgákov en el hermoso cuadro de Nesterov 'Los filósofos' y se empeñó en conectar la teoría de los conjuntos (pregunta al margen, ¿ha desaparecido de los libros de textos esta teoría tan sugerente y tan de moda en mi niñez y adolescencia, que tantos quebraderos de cabeza nos dio?) con el misticismo. Según el propio Florenski, que basaba en la discontinuidad su visión del mundo, vivió en una cabaña de troncos con su familia y sobrevivió, no como otros reputados colegas, al Gulag en el infierno de Solovkí, donde se cree que murieron alrededor de medio millón de presos, para luego ser fusilado en circunstancias no aclaradas, «el conjunto de todos los conjuntos» podría ser el mismísimo Dios. No en vano Hermann Weyl definió la mate mática como «la ciencia del infinito».

El ensavo me ha resultado muy interesante, como todo lo que me es muy ajeno, al igual que los libros de Marcus du Sautov de los que ya se habló en este suplemento. Los autores, sin olvidar la aproximación al vínculo entre metafísica y matemáticas ni su objetivo de desentrañar el misterio denso de la teoría de los conjuntos, convertida por Georg Cantor en lengua franca de la especialidad, no desdeñan lo mundano en la vida de estos genios, lo que, como lector profano en la materia, se agradece. La estructuración del asunto es muy precisa, en el orden cronológico y en lo referente al pensamiento y la abrumadora bibliografía no estorba porque se vierte en las notas.

Cuántos matemáticos o físicos teóricos, cuántos científicos habrá en este preciso momento luchando a brazo partido en pos del saber y situados ante el abismo de lo inefable o lo ininteligible se harán las mismas preguntas decisivas para la especie que se hicieron Pitágoras, Gregorio de Rímini, Nicolás de Cusa, Bernardo Bolzano, Blaise Pascal o el trío de grandes matemáticos franceses (Borel, Baire, Lebesgue) y otros cercanos y el trío, más religioso y menos cartesiano de matemáticos rusos (Egorov, Luzin, Florenski) y otros discípulos y enemigos a cuya historia personal y académica se acerca 'El nombre del infinito'. Y, aun no encontrando respuesta, seguirán trabajando para el futuro, habrán abierto alguna brecha en el oscuro devenir de los tiempos.